

Conferencia pronunciada o día 12 de abril do 1976, día do enterro de Ramón Otero Pedrayo

En las breves palabras que han sido solicitadas para abrir el folleto que recoge *Labor seis años* me ha parecido anillo al dedo Valery cuando advirtiendo un día de excepcional serenidad a las civilizaciones que eran mortales, añadía que en todo caso la vida de ellas pende siempre de un hilo, y volviendo la mirada a los ateneos provinciales, a las casas de cultura, a los conservatorios, a las salas de conferencias, advertía que fueron esos miles de centros los que en Europa, entre nosotros, impidieron a la cultura el perecer. Si me permiten decirlo así, al *Espíritu*.

Jornada esta verdaderamente gozosa, en la que la Caja de Vigo hace resumen de una labor excepcional en Galicia y en España, que la honra a ella y honra a esta ciudad.

Y acontece que la Caja, esta benemérita Caja, ha adquirido dos filmaciones de una serie dedicada a poetas de España, y nos las quiere mostrar, no sólo aquí en Vigo sino en todas aquellas villas de la provincia donde tiene lo que los banqueros florentinos de los grandes tiempos llamaban bilancia, es decir balancia, lo que equivalía a sucursal o agencia. Y el poeta al que se refiere dichas dos cortas filmaciones es nada menos que nuestro poeta más universal, Rosalía de Castro. El director de los dos cortometrajes, "Saudade" y "Airiños da miña terra", Guillermo de la Cueva, se los presentará a ustedes, pero yo, por una invitación de la Caja, que mucho me honra, he de hablarles de Rosalía.

De entrada, tengo que decirles que, a la altura en que estamos en los estudios rosalianos, la cosa no es fácil. No es que yo tenga la pretensión de decir algo nuevo, que a lo mejor si que la tengo: es que solamente la exposición de un índice de problemas rosalianos -por ejemplo, los que se refieren a la *sombra negra*, a la *negra sombra*, que ahora está de moda analizar, y por insistencia de explicaciones que podemos llamar *existenciales*-, nos llevaría una jornada entera. Acontece alguna vez que un poeta desborde su situación, su aquí y ahora, y su peripecia personal, espiritual, y lo que dice se entiende entonces de la condición humana, del ser más propio y profundo del que Sócrates llamó "el animal más extraño", es decir, del hombre. El propio Goethe, el cual sostenía que toda poesía era poesía de ocasión, con lo cual parecía limitarla al *hic et nunc*, al aquí y ahora, salía luego con la petenera de que todo gran poeta es por naturaleza universal, y desborda su paisaje, su tiempo y su

condición, y sucede, muchas veces, que hable por nosotros, o que nosotros digamos nuestros sueños, nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestro vivir mismo, con palabras suyas.

Quizás Goethe se veía a si mismo, joven, el joven Werther, yendo en Wetzlar a despedirse de Carlota en la víspera misma de su suicidio, no osando abordar el tema del inmenso y desesperado amor, y porque les era a ambos imposible el diálogo, ponerse él, Goethe o Werther, que es lo mismo, a leer en voz alta unos cantos de Ossian que había traducido, y al final, con las últimas palabras ossiánicas, en las que amor y muerte se confunden, los labios de Carlota hallaron los labios del joven Werther... y a Goethe no le sorprendió nada que varios jóvenes alemanes de entonces se suicidasen, desesperados de amor, porque su héroe, el joven Werther, se había suicidado. Y lo mismo que con la poesía de Goethe acontece con los sonetos de Shakespeare, o con los *Cantares* y *Follas novas* de Rosalía. Con la añadidura, en este último caso, de que pretendemos que Rosalía no solamente predica del alma humana, así, en la generalidad más específica y pura, sino que predica del alma de un pueblo, de su pueblo, del pueblo gallego.

Y me digo que no puede ser casualidad que se entienda que Rosalía ríe o llora con los gallegos, si los gallegos no hubiésemos querido que así fuera, lo que lleva a preguntarnos si no es cierto que Rosalía sabía lo que en cada ocasión de gozo o de pena está en el alma del gallego, y si el gallego no tuviese sospecha de lo mismo, de lo que él porta en su vividura y en su ensoñadura, y escuchando a su cantora, a Rosalía, no pudiese decir: “¡Tate, iba yo a decir lo mismo!” Como aquella dama inglesa que escuchó al deán Donne un poema, y luego se acercó a él y le dijo: “¡Todo eso lo estaba pensando yo, pero no tenía las palabras!” Pues bien, Rosalía las tuvo.

Y como cada vida tiene diversas alamedas, y la suya fue difícil, con muy oscuras horas, con variedad de fracasos transformados muchos en fantasmas, con vivas agujas hiriéndole, hay en Rosalía más dolor que otra cosa, más clavos que rosas en el corazón, más desesperación que sonrisas sosegadoras. Su tiempo propio fue un muestrario de dolor, quizás mismo a partir del conocimiento de su nacimiento irregular, que acaso fue más temprano de lo que suele creerse, pero es que el tiempo colectivo, por decirlo así, en el que vivió, era un tiempo de dolor: eran años de hambre y miseria en Galicia, y la tradicional diáspora gallega, que viene desde el fondo de las edades, de las emigraciones del XVII y del XVIII, se agudizaba ahora, se doblaba con la emigración a la Habana y al Plata, y Galicia era el país de las “viudas dos vivos”. A la propia tierra maternal y fecunda, la voz de Rosalía se dirige en la más grave y mortal advertencia: “¡Galicia, sin homes quedas/ que te poidan traballar!” Es Galicia transformada en la “waste land”, en la tierra estéril, de las imaginaciones artúricas, resoñadas en nuestros días por un máximo poeta, Eliot, con su “The Waste Land”, “La tierra baldía”.

En la Rosalía de los *Cantares* hay muchas veces momentos de buena y confiada alegría, ganas de cantar, una descripción satisfecha del país y de sus gentes. Parece como si una súbita presencia de la belleza la sorprendiese y quitase de delante de sus ojos el velo de la angustia. Por ejemplo, en el poema dedicado a Nosa Señora da Barca, en el desfile de las mozas que hacen la romería, de los mozos que las cortejan:

¡Cantos dengues encarnados,
cantas sintas amarelas,
cantas cofias pranchadiñas,
dende lonxe relumbrean,
cal si fosen neve pura,
cal froles da primadera!
¡Canta maxeza nos homes,
canta brancura nas nenas!
I eles semellan gallardos
pinos c'os montes ourean,
i elas cogolliños novos
co orballo da mañán fresca.

Y viene la vívida y coloreada descripción de los trajes y de la gracia singular de las de Muros, “descendentes das airosas/fillas da pagana Grecia”, y de las de Camariñas, “Cál rapaciñas gaiteras/ saias de vivos colores/ pó lo pescozo da perna”, y las de Cee, y las de Laxe, y las de Noia, “c'as graciosas rianxeiras”. Y entonces Muxía, “a das altas penas”, es una tierra de espléndida juventud y riqueza, una de las islas floridas del Océano allí presente, quebrándose contra las rocas.

Es quizás el momento máximo de la alegría rosaliana, con la advertencia de que no es solamente la alegría personal, la alegría de la generosa y hechizada espectadora, la que está en aquellos versos, sino toda la alegría de la gente gallega, con su música, su mar, su geórgica, la gaita y la danza, la rica merienda, y una Virgen protectora, misteriosamente llegada por el mar en una barca de piedra, que está allí, balanceándose, “pedra de abalar” en la que se curan enfermos y cuyo meneo hace fecundas a las mujeres.

Las horas alegres de Rosalía, duran poco, que viene con el viento el eco de las campanas de Bastabales:

Campanas de Bastabales,
cando vos oio tocar,
mórrome de soidades!

Es la primera vez, en los *Cantares Gallegos* que Rosalía toca el tema de su inmensa soledad: Corre o vento, o rio pasa/corren nubes, nubes corren/camiño da miña casa/Miña casa, meu abrigo/vanse todos, eu me quedo/sin compañía nin amigo/ Ven a noite, morre o dia...

Soidades, soledades. Ustedes saben que son varios los que han estudiado, en Galicia y en Portugal, -y entre nosotros muy especialmente Ramón Piñeiro-, ese sentimiento llamado saudade, y que es mucho más que soledad, y una melancolía sin motivo ni objeto, nostalgia acaso de lo que no se tuvo nunca ni se sabe, enfermedad y acaso curación del alma. Como si en el sentimiento llamado saudade se hubiesen unido para decirlo todas aquellas palabras que los filólogos creen que pudieron haber dado nacimiento al término saudade: que no puede venir sólo de

las latinas *solitude*, soledad, y *salute*, salud, y *suavitas*, suavidad, sino de un entrecruzarse de las tres, en uno de esos grandes y asombrosos misterios que tienen las lenguas.

Que Rosalía tiene conciencia plena de sus *soidades*, y de que su cantar es diferente, ¡qué duda cabe! *Follas Novas*, su segundo libro, comienza con un poema cuyos primeros versos dicen: “Daquelas que cantan as pombas i as frores/ todos din que teñen alma de muller/ Pro eu, que nas canto,... ¡ai, de que a terei?”

Y a esa duda de la calidad de su alma, ya sabemos más o menos en qué consiste. Lo sabemos por aquellos que llamamos místicos, y que han oído voces. Sabemos lo que les ha pasado por vez primera a Juana de Arco, a Catalina de Siena, lo que le pasó a Teresa de Jesús. Me gustaría que un día cualquiera alguien estudiase el VI poema de *Follas Novas* de Rosalía a la luz de la literatura mística, de la experiencia de las voces, al principio irreconocibles, y que forman como un claustro alrededor de quien las escucha, porque aquello es insólito, y además casi palpable, y la conciencia que tiene el sujeto de todo aquello que le sucede, la conciencia de que está vivo, de que vive a su alrededor lo invisible. Fíjense:

¿Qué pasa ao redor de min?
¿Qué me pasa que eu non sei?
Teño medo dunha cousa
que vive e que non se ve...

Porque nunca Rosalía llegará a ver esa “cousa que vive e que non se ve”, esa *cousa* se trocará en sombra negra, en la *negra sombra*, y no podrá librarse de su extraña e inquietante compañía, y si no llega a ver a *cousa*, llegará a ver la sombra. Nos lo dirá en más profundo, metafísico, terrible poema, uno de los más inquietantes y asombrosos de la poesía universal. Aquí no puede emplearse la palabra literatura, porque, se trata de la expresión de un conocimiento de orden superior, y la confidencia a quien se la hace Rosalía es a la propia sombra, algunos de cuyos gestos ha logrado sorprender. Como Santa Francesca Romana que al ángel invisible que la acompañaba veía, sin verle, como se arrodillaba tras plegar las alas. Así Rosalía le advierte a la *negra sombra* que sabe que está junto a su almohada “facéndome mofa”. Y al mismo tiempo, la *negra sombra*, que puede aparecer externa al cuerpo, está dentro de él, y es la propia forma del alma de Rosalía, y el entorno, fiel la sombra a Rosalía y Rosalía fiel a ella, y ambas enormemente desdichadas, Rosalía y la sombra que vive para ella. Es el borrón total a la alegría y el sosiego, a la vida misma:

Si cantan es ti que cantas,
Si choran, es ti que choras;
I es o marmurio do río,
I es a noite, i es a aurora.

Y vienen para terminar los cuatro versos fatales y estremecedores, en los que a veces el lector piensa que Rosalía misma es quien le pide a la sombra la perpetua presencia dolorosa y terrible:

En todo estás e ti es todo,
Pra min i en min mesmo moras,

Nin me abandonarás nunca,
Sombra que siempre me asombras.

Quizás sea así, y solamente al precio de esa sombra, que Rosalía pueda vivir. A quien ahora les está hablando, le parece banal e inconsistente cualquier objetivación de la sombra; por ejemplo, la de su padre, desconocido, como ha querido recientemente Gamallo Fierros. Esa sombra rosaliana es pura interioridad, ajena al tiempo y al espacio, y el resultado complejísimo, aparte la especialísima vocación de Rosalía, de un largo proceso vital, en la que la cantora del Sar no ha podido seleccionar, y ha aceptado el conjunto en su vertiente más profunda, en la del dolor. ¿Acaso porque el dolor es más purificador que la alegría? Porque no hay duda ninguna que Rosalía, cuando habla de ella misma, y aún cuando habla del dolor de la gente gallega, nos deja entrever que busca una purificación, y entonces, cuando así se busca, no importa que haya habido o no pecado. Manteniéndose en la actitud dolorosa, si mantiene en la pureza. Todos los que hemos leído a Rosalía nos hemos encontrado, de pronto, que aquello tenía un tono inconfundible, el tono de la santidad.

Quedan por decir el paisaje, el gusto por los camposantos, los ríos, esa superstición de los aires y de las fuentes, la lluvia, la melancolía de las tardes, las campanas lejanas, el pitido de la máquina del tren de Santiago...

Y no puedo terminar sin decirles algo. Quiero decir, y en esto coincido con uno de los últimos grandes estudios hechos sobre Rosalía, el de mi paisana Marina Mayoral, que frente al tópico de la monotonía temática y tonal de Rosalía hay que reivindicar para ella la amplitud de temas y maneras. Es mucho más que la mujer morriñosa que llora. Nada de suavidad por la suavidad. El dolor la ha endurecido. Tiene un carácter difícil, áspero, propio de un espíritu fuerte. En Rosalía ha habido muchas cosas, incluso odio y resentimiento, violencia, rudeza, e incluso irreligiosidad, porque combatía consigo mismo entre la fe y la duda. Dice Marina Mayoral:

Ni siquiera, tantas veces, una mujer; sólo un ser humano lanzado y enfrentado al hecho de existir: solitario, dolorido, desgarrado,... intuye altísimas realidades, presiente y alcanza cimas de serenidad, desde las que vuelve a caer en el abismo del dolor, del odio, de la rebeldía, del rencor y la amargura, sincera y auténtica hasta la contradicción...

Son muchos los que se han preguntado si Rosalía era hermosa, y los más confiesan que no, que no lo era. Cara demasiado ancha, los labios alargados, los pómulos salientes... Pero González Besada nos da otro retrato:

Era alta y delgada, la tez de un limpiísimo moreno claro, negros y profundos los ojos, y abundantísima y negra la cabellera. La boca muy grande, de labios muy rojos e irreprochable dentadura,... busto prominente, cintura estrecha, fina la mano y muy delgados los dedos. En reposo, su expresión era melancólica, pero cuando hablaba parpadeaban sus ojos y cobraban singular belleza, cual si se agrandaran merced a lo frondoso y ondulado de

sus largas pestañas y al primoroso esmalte de la córnea, que resaltaba luminoso y blanco sobre la profunda negrura del iris ...

Carballo Calero habla del “aire plebeyo de su rostro, que no corresponde a la finura y elevación de su espíritu”.

Yo he de emitir mi propio juicio: era hermosa, no a la moda de su tiempo, quizás, que tenía patrones muy estrictos, pero si a la moda del nuestro: Katerine Hepburn, la propia Greta Garbo.

Muy hermosa, la voz acontraltada, era una de esas mujeres misteriosas que, como en el poema de Yeats, hacen estremecerse los espejos.

Vivió en el país que van a ver....

País que ha tenido excepcionales testigos, porque es bien propio del gallego el amor físico, carnal, a su tierra. Algunas veces, los poetas gallegos -geórgica virgiliana, que sabemos que es una melancolía sin fondo. Rosalía acompañándose con las horas. Otras veces, el escenario heroico que se pretende para un pueblo pobre al que se quiere alzar hasta la epopeya. Tal Pondal, el lector de Ossian -una mirada que venía de los dioses del Océano. Y hoy mismo, en Ourense, hemos enterrado a otro, al máximo contemplador de Galicia que existía entre nosotros, Ramón Otero Pedrayo....

Por Luis Quintero

